

UNA
MALDICIÓN
DE
SANGRE

Z

PIEDRA

K.A. TUCKER

SAGA DESTINO Y FUEGO. LIBRO 2

Traducción de Ana H. Deza

Primera edición: octubre de 2023

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Alejandra González
Dirección de arte: Lara Peces

Título original: *A Curse of Blood and Stone*
Traducción del inglés: Ana Hernández de Deza
Diseño de cubierta: Hang Le

© del texto: K. A. Tucker
© de la traducción: Ana H. Deza
© Ediciones SM, 2023
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 978-84-1962-109-2
Depósito legal: M-5363-2023
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mis lectores, por seguirme
desde Alaska hasta Islor
y por todas partes.*



SKATRANA

SHADOWHELM

Westport

Costa
de la Sirena

Montañas de Terren

GRAN
GRIETA

Valle
de los Huesos

Montañas
de Venhorn

Lyndel

Bellcross

Bosque de Eldred

CIRILEA

ISLOR

• Bythesea

• Salt Bay

PORTSEND

CANAL DE LA FORTUNA

SEACADORE



Bentsend

N



Bosque Muerto

GOLFO DE NYOS

YBARIS

MORDAIN

NYOS

A
ESPADOR Y UDREL

ARGON

FOSA ABISMAL

MAR
INTERMINABLE

Monte
L'Or

Hawkrest

Llanuras
de
Aminadav

Fernhoth

KIER

Ketling

GOLFO DE OSTROS

OSTROS

RATHEUS

Capítulo 1

ROMERIA

*M*e lloran los ojos por la peste a cloaca. Si no fuera por la adrenalina infinita que corre por mis venas, habría vomitado ya las deliciosas uvas seacadorianas que se me revuelven en el estómago.

—Voy yo primero...

—No. —Zander agarra a Elisaf por el hombro, impidiendo que su leal amigo suba por la escalera. Incluso en la penumbra del túnel reconozco perfectamente la rigidez de su mandíbula y la resolución de su mirada—. Si Mordain nos ha tendido una trampa, es mejor que vaya yo delante para enfrentarme a lo que nos espera.

Porque Zander puede convertir en cenizas a una persona en el acto. Lo he visto con mis propios ojos, como todos los presentes en el espantoso espectáculo de esta noche en la plaza.

Le echo una mirada furtiva a Gesine. Puede que a la suma sacerdotisa le moleste la total desconfianza de Zander hacia su

pueblo, pero lo oculta tras una máscara carente de emoción. Cuando ve que la miro, me dedica una sonrisa.

No me siento con ánimo de devolvérsela. No hay nada que sirva de consuelo esta noche, no mientras los cuatro nos escabullimos por el alcantarillado de Cirilea huyendo del ejército real.

—Espera mi señal y ve el último. Romería, tú ve detrás de mí. —Zander hace una pausa. En otras circunstancias, le habría replicado algo ingenioso o habría admirado su atractivo rostro antes de contestar. Ahora, la única respuesta que soy capaz de darle es una solemne inclinación de cabeza.

Sube la escalera de madera ágilmente y desaparece en la noche.

Mientras, contengo la respiración. Las llamas de nuestras antorchas proyectan formas ominosas sobre los muros de piedra irregular y un fango repugnante empapa el cuero de nuestras botas. Me encantaría decir que esta es la primera vez que tengo que arrastrarme por las alcantarillas, pero durante todos los años que sobreviví en las calles y después, cuando estuve metida en el mundo del crimen bajo las órdenes de Korsakov, me he visto envuelta en todo tipo de aprietos de los que arrugan la nariz y provocan arcadas. Así que llevaremos esta peste encima mucho tiempo después de que hayamos salido de aquí. Pero los cuerpos se lavan; las ropas se cambian. La limpieza es la menor de nuestras preocupaciones.

En algún punto que no veo, gotea el agua y unas olas golpean débilmente.

—¿Dónde acaba esto? —pregunto.

—En el malecón —responde Elisaf, centrado en la salida de arriba—. Está protegido frente a las invasiones con una reja for-

tificada con merth que no puede atravesar nada que no sea un cañonazo directo o la magia de un invocador muy poderoso —aferra con el puño una daga reluciente, forjada con el mismo material de la reja, dispuesto a clavarla en la carne. Quiero pensar que no en la mía, pero no las tengo todas conmigo, ahora que mi secreto ha salido a la luz.

¿Llegará el momento en el que no signifiquen nada las noches que hemos compartido Zander y yo, acurrucados en la cama, compartiendo palabras cargadas de promesas? ¿Llegará el momento en que un rey a la fuga anteponga su reino y su corona a su corazón y acepte el gran desastre que puede provocar en Islor una invocadora clave con veneno en las venas?

¿Veré determinación en sus hermosos ojos color avellana cuando tome esa decisión?

Noto una opresión en el pecho al pensar que Zander pueda volver a ser mi enemigo, pero ahora no puedo pensar en eso.

Aparto de mi mente todos los problemas salvo el esencial: ¿hay alguna esperanza de escapar de la muerte esta noche?

Cada segundo que pasa sin que haya rastro de Zander, aumenta mi angustia.

—Todo esto debe de haber sido muy confuso para ti —dice Gesine—. Desde el instante en que despertaste.

—Creía que estaba perdiendo la cabeza —admito. Igual que mi padre. Salvo que ahora sé la verdad también sobre eso.

Suena un silbido.

—Sube. —Elisaf me empuja hacia delante. Su melódico acento seacadoriano está teñido de urgencia.

No pierdo un solo segundo: asciendo por la escalera con mucha menos elegancia que Zander. La madera cruje bajo mi

peso y hago una mueca cuando me clavo una astilla mientras salgo a un espacio completamente oscuro.

—Déjame ayudarte. —La voz de Zander suena como un susurro en mis oídos.

No distingo absolutamente nada en la negrura, pero sé que él me ve claramente. Noto la cercanía de su mano extendida junto a la mía.

Aquí es donde se separan nuestros caminos, Romería Watts de Nueva York.

La despedida definitiva de antes resuena en mi mente como un tañido de campana ensordecedor. Zander quiere dejarme atrás. El traidor de su hermano lidera un ejército que está levantando una pira destinada a mí, todos los inmortales de Islor me quieren ver muerta por culpa del veneno que corre por mis venas y los invocadores más poderosos de Mordain me darán caza si descubren que soy una invocadora clave...

Ahora que Zander por fin sabe que no pertenezco a este mundo, está buscando una excusa para abandonarme aquí.

Ignoro su ofrecimiento de ayuda y palpo a ciegas antes de salir de la escalera. Se supone que el túnel conduce hasta la colonia, pero lo único que noto son muros. Mantengo las manos ocupadas en mi capa, rezando para que mis pupilas se adapten pronto a la oscuridad.

Zander suspira con resignación.

—Estás enfadada conmigo.

Por más que sea un elfo y pueda leer mi estado de ánimo a través de mi pulso —cada latido de miedo, cada palpitación de deseo y la vacilación de la culpa—, se equivoca. No estoy enfa-

dada. Estoy herida. Si me parara a pensar cuánto, el dolor me devoraría.

La aparición de Gesine evita que tenga que responder. Asciende de las entrañas de la ciudad con el sigilo de una sombra, acompañada de su bola de luz flotante. Su cabello del color de la tinta queda oculto bajo la capucha. Elisaf le pisa los talones y alcanza con agilidad el nivel del suelo.

Gracias a la luz mágica de la invocadora y a la antorcha de Elisaf, por fin distingo la estancia a la que hemos llegado. Tiene el techo bajo y está abarrotada de cajas de madera y barriles de distintos tamaños. Otro almacén polvoriento que oculta los pasadizos secretos de Cirilea.

Gesine mueve la muñeca y una pila de cajas se desliza sobre el agujero del suelo hasta ocultar su existencia.

A pesar de la situación en la que nos encontramos, se me dispara el corazón, como siempre que soy testigo de la magia auténtica en este mundo.

—Nos espera un esquife en el muelle. El camino más discreto es a lo largo del malecón. —La bola de luz se mitiga hasta desvanecerse—. Hay un cubo metálico lleno de agua junto a la puerta. Eso hay que apagarlo. —Señala la antorcha de Elisaf, cuya luz destella contra el collar de oro que lleva al cuello: el recordatorio de que sigue encadenada a la reina Neilina, incluso a tanta distancia de Ybaris.

—Esta es mi ciudad, suma sacerdotisa, y no necesitamos que tú nos indiques cuál es la mejor forma de movernos por ella. —La voz de Zander carga con un odio mordiente que no le había oído desde el momento en que me consideraba la princesa traidora que asesinó a sus padres.

Pero se equivoca. Ahora es la ciudad de Atticus. Al hacer caso omiso de unas aspiraciones que hasta yo veía, Zander prácticamente le ofreció la corona en bandeja a su oportunista hermano.

Esta noche necesitamos toda la ayuda posible, incluso la de la invocadora.

Puede que Gesine esté pensando lo mismo que yo, pero mantiene una expresión estoica y agacha la cabeza.

—Por supuesto, majestad.

La mirada severa de Zander se dirige hacia Elisaf, que inmediatamente arroja al cubo la antorcha encendida. La llama chisporrotea y el pequeño almacén vuelve a quedar a oscuras.

Elisaf me pone la mano en el hombro y salimos de la choza en fila india, con Zander a la cabeza. Sus pisadas no hacen el menor ruido sobre el camino de tierra. Justo delante hay un cobertizo con maderos y redes de pesca. Un poco más adelante, a la derecha, veo unas hileras de chabolas. Son las casas de la colonia que Zander y yo visitamos en más de una ocasión para repartir monedas de oro a los sirvientes mortales que ya no tienen utilidad, pero ahora no hay nadie en los porches, salvo un gato callejero que devora su presa.

El único indicio del gigantesco océano son las olas que golpean rítmicamente a mi izquierda. Noto entonces una brisa cálida y salobre que me roza la mejilla, y lo agradezco después de haber sufrido la peste del alcantarillado. Si la situación fuera distinta, probablemente me habría sentado para disfrutar de la calma del oleaje.

Pero colina arriba, más allá del muro de piedra que sirve de barrera entre la clase alta de Cirilea y los humanos a los que

considera despreciables, los aceros entrechocan, provocándome una inquietante sensación de *déjà vu*. Ya oí los mismos sonidos de batalla cuando desperté en este mundo extraño donde, a veces, hay dos lunas en el cielo. Aquella noche, la princesa Romeria también era la culpable que estaba detrás de la muerte y la destrucción.

Los gritos resuenan en las calles que tenemos detrás y me entra el pánico. Los soldados han llegado a la botica; es solo cuestión de tiempo que nos alcancen.

—No debemos entretenernos —indica Gesine, con un tono de voz que no me pasa desapercibido, demasiado sereno para la situación.

—Por aquí. —Zander nos guía por el estrecho pasadizo al borde del agua.

Lo sigo de cerca, viendo cómo cada piedra suelta del muro de contención cae en las aguas negras, y rezo por no perder el equilibrio y terminar igual.

En estas fechas, con la feria en plena efervescencia, gente de todos los rincones de Islor ha acudido a Cirilea para vender y comprar mercancías en el mercado y para disfrutar del animado ocio nocturno de la calle del puerto. Sin embargo, en la colonia reina un silencio inquietante esta noche. No merodea ni un alma fuera de los muros derruidos. Ningún rostro curioso se asoma tras los cristales mugrientos. Los faroles están apagados; apenas se ve algún candil con un tímido resplandor. Seguramente, esta gente ha reconocido el fragor de la batalla y no desea tomar parte. ¿Les habrá llegado ya noticia de la traición de Atticus? ¿Les importará a estos humanos qué rey gobierna cuando las leyes de Islor los mantienen sometidos a una vida de servidumbre?

Habrá algunos a los que sí les preocupe, claro; humanos como mi costurera, Dagny, que confiaba en que hubiera un cambio bajo el gobierno de Zander.

—Dime, suma sacerdotisa, ¿predijeron tus omniscientes videntes que el rey de Islor acabaría arrastrándose y correteando por las alcantarillas y el malecón igual que una rata? —mascullo Zander, cargado de ironía amarga.

—La profecía no funciona así, majestad...

—Entonces, ¿cómo funciona?

—Ya os lo he dicho: el final de la maldición de la sangre está vinculada a...

—La hija ybarisana de Aoife y el hijo isloriano de Malachi. Sí, no se me ha olvidado. Hablas con acertijos basados en alucinaciones fruto de la locura —le espeta sin un ápice de amabilidad.

Entiendo la cólera de Zander. Ha descubierto demasiado tarde las intrigas de los invocadores de Mordain, que han tejido una red tan tupida de duplicidad que es imposible ver nada a través. Por más que Zander afirme que nunca confió en Wendeline, creo que lo ha herido profundamente confirmar que lo ha traicionado.

Y la lista de mentiras continúa creciendo. Mintió sobre Gesine e Ianca, se calló que las conocía y tampoco dijo una palabra sobre su llegada a Cirilea. Sabía del complot de Ybaris para matar a la familia real de Islor la noche de la boda, y en lugar de impedir que se desencadenara la tragedia, alteró el horario, lo que provocó que los padres de Zander murieran antes de la ceremonia. Engañó a Zander sobre el veneno; lo convenció de que era merth licuado —una extraña enredadera metálica que crece en las montañas y es tóxica para los in-

mortales—. No es que estuviera implicada, es que literalmente fue quien arrancó la flecha del cuerpo de la princesa Romeria cuando Margrethe invocó al Destino del Fuego para resucitarlo, aunque, sin que lo supieran, regresó a la vida conmigo dentro.

¿Y el poder incomparable de invocadora clave que hierve a fuego lento en mis miembros, subyugado por el anillo que tengo en el dedo? Wendeline lo descubrió la misma noche que llegué a este mundo. Me examinó mientras estaba inconsciente, destrozada por el daaknar, pero ocultó esa información esencial a todo el mundo, incluso a mí.

Puede que Wendeline sea más culpable del hundimiento del reino de Zander que toda la intrigante familia real de Ybaris junta, y jura que lo hizo por el bien de Islor.

Solo el tiempo lo dirá.

—Sería preferible discutir ese asunto cuando no estemos arrastrándonos y correteando por las alcantarillas y el malecón como ratas, ¿no os parece?

Hay un leve matiz desafiante en la voz de Gesine —minúsculo, dentro de su constante deferencia hacia el rey— que me hace sonreír. Aunque se someta a todas las cortesías y reverencias del protocolo real, tiene agallas.

Y un propósito del que debería desconfiar. Según Wendeline, la invocadora elemental ha dedicado años al estudio de las profecías con los escribas. Puede que asegure que está aquí para guiarme, pero sería estúpida si ignorara la posibilidad de que me considere una herramienta y pretenda utilizarme, probablemente no a mi favor.

—Siempre que estés dispuesta a decir la verdad —replica Zander, dando voz a mis pensamientos.

—No tengo intención de hacer otra cosa.

Observo que su respuesta no es ninguna promesa.

El ruido hueco de los cascos de los barcos que flotan sobre las olas me indica que nos acercamos al muelle. Me permito un ápice de alivio; casi estamos a salvo.

Zander se detiene tan bruscamente que me choco con su cuerpo rígido y mis manos se agarran a su espalda para no caerme. Es como una pared de ladrillo: inamovible.

—Hay unos humanos en el esqui. ¿Por qué?

—Probablemente sea la pareja que nos está ayudando —responde Gesine—. Una mujer llamada Cecily y su marido, Arthur. Son buena gente.

—Son unos estúpidos. Deberían haber huido. —Sus botas producen un ruido sordo contra la madera—. Cuidado con el escalón —me advierte—. Hay un desnivel.

Vacilo, porque me estoy imaginando una vívida escena en la que tropiezo y caigo al mar.

—No veo nada —le recuerdo, siseando. No distingo nada más que siluetas y sombras.

—La experiencia me dice que si te tiendo la mano, la rechazarás.

Entro en cólera.

—Ya, bueno. ¿Sabes lo que me dice a mí la experiencia? Que me dejarás tirada en cuanto se te...

Unas manos fuertes me agarran por la cintura y me cortan la réplica. Me tenso; apoyo las palmas en los bíceps de Zander mientras me alza en vilo y me lleva al muelle.

—¿No debería ser yo quien desconfiara? —Me sostiene un breve instante antes de dar un paso atrás.

Me invade otra oleada de dolor.

Todo ha cambiado esta noche entre los dos.

—¿Quizás podríamos contar con algo de luz? —murmura.

La esfera luminosa de Gesine reaparece flotando a poca distancia del suelo. Es lo bastante brillante como para que vea los huecos entre los tablones de madera.

Nos apresuramos sin decir palabra. Zander camina tan rápido que casi tengo que correr para alcanzarlo. Al final llegamos a un bote de unos tres metros de largo. Hay dos personas con mechones de pelo gris grasiento que hacen una reverencia.

—No deberíais estar aquí. Es demasiado peligroso —dice Zander a modo de saludo, observando los barcos cercanos.

Los «majestad» con eco me resultan familiares. He oído esas voces antes. Mi sospecha se confirma instantes después, cuando la pareja se incorpora. Son la mujer con manchas de edad en las manos y su marido, que estaba cojo por una infección en la pierna. Pero ya no lleva bastón y, cuando suelta del muelle la última cuerda que sujeta el esquife, se mueve sin esfuerzo.

Gesine le tiende un grueso monedero de terciopelo a Cecily.

—Vuelve a tu casa y no hables de esto con nadie. Te robaron el esquife mientras dormías.

—No hemos visto nada, mi señora. —Cecily guarda la bolsa bajo su capa andrajosa y sube la vista hacia mí. Titubea antes de seguir hablando—. Fuimos al santuario como nos dijo, majestad. La sacerdotisa dejó a mi Arthur como nuevo. Bueno, sigue siendo un viejo cascado, pero eso no se arregla con magia.

—Me alegro mucho —digo, pero se me retuerce el estómago de angustia ante la mención de Wendeline. ¿Qué le pasará por

haber traicionado a la corona? ¿Se merecerá el castigo? Ojalá pudiera volver a verla y exigirle que me explique por qué.

—¡A los muelles! —brama un soldado, y me entra un ataque de pánico. El ejército se acerca.

—Por el bien de todos, no podemos demorarnos ni un segundo más —advierte Gesine, antes de instar a la pareja de ancianos a que nos dejen—. ¡Marchaos ya!

Cecily me agarra la mano y me la aprieta con fuerza.

—Ojalá volvamos a veros, sentada en el trono que os corresponde. —Toman un candil pequeño y corren de regreso.

—Ojalá yo también vuelva a veros —susurro a sus espaldas. Más allá de las chabolas, se oyen chasquidos metálicos contra los adoquines: los soldados están corriendo hacia aquí.

Elisaf y Zander ya han subido al bote y tienen los remos en las manos. Monto tras ellos con muy poca elegancia y hago bastante ruido. Gesine nos da impulso con el pie antes de tomar asiento en la proa.

Noto el pulso agitado en la garganta mientras Zander y Elisaf nos llevan hacia la noche con potentes brazadas. Miro fijamente la oscura orilla; los faroles apenas arrojan luz. Más lejos y en lo alto, el castillo brilla con una luz anaranjada: su imponente silueta es una forma borrosa contra el cielo.

—¿Crees que Abarrane ha conseguido escapar? —pregunto, recordando que dejamos atrás a la comandante de la Legión y a sus guerreros de élite para enfrentarnos a todo un ejército.

—Se reunirá con nosotros en el bosque de Eldred, como acordamos, o morirá en el intento —responde fríamente Zander.

—¿Y qué pasa con Annika? —El desastre de esta noche es como un borrón furioso y no he tenido tiempo de pensar en nadie más que en mí misma. Elisaf me entregó una daga y me dijo

que corriera, así que corrí. No me percaté de que la hermana de Zander no me seguía.

—Annika dirá y hará lo que sea necesario para sobrevivir. Además, Atticus la conoce lo suficiente como para saber que no era consciente de todo esto.

Pero ¿de qué lado estará ahora? Cuando llegué a este mundo me consideraba su enemiga acérrima, y así me siguió viendo durante semanas, a pesar de haberle salvado la vida dos veces en una misma noche. Últimamente, parecía estar cambiando de idea sobre mí. Sí, nuestra relación seguía pendiente de un hilo, pero yo ya trataba a la princesa de lengua afilada como a una amiga antes que como a una enemiga.

—No nos ayuda en nada preocuparnos por los demás ahora. Ya tendremos tiempo de hacerlo más adelante —añade Zander en un tono un poco menos áspero.

No creo que hayamos navegado más de veinte metros cuando asoman unas figuras cubiertas de metal entre los edificios. Las armaduras brillan a la luz de las antorchas que portan.

No veo ni rastro de Cecily o Arthur. Rezo para que estén a salvo.

—¡Allí! —grita alguien—. ¡Deben de ser ellos, en el agua!
Zander suelta una maldición.

Yo la repito para mis adentros. Malditos sean estos islorianos y su visión superior.

—¡Arqueros! ¡Preparados! —grita una voz familiar.

—Ese es Boaz —murmuro. El capitán de la guardia real me ha gritado tantas veces que reconocería su voz tronante en cualquier parte—. ¿Está ordenando a los soldados que disparen contra ti?

¿Contra el legítimo rey de Islor?

—Más bien contra ti. Yo solo soy un daño colateral. —El esquife avanza a sacudidas; Zander y Elisaf reman con mayor velocidad y fuerza.

Pero no es suficiente.

Disparan una docena de flechas ardientes que rasgan el cielo nocturno y se precipitan sobre nosotros como estrellas fugaces.

—¡Agáchate! —sisea Zander abandonando los remos, y se lanza hacia delante para protegerme con su cuerpo.

Me hago una pelota, pero se me revuelve el estómago cuando las bolas de fuego iluminan la superficie del agua, revelando nuestra ubicación exacta antes de sumergirse en el mar.

Zander se separa de mí de inmediato.

—¿Todos bien? —El coro de síes le arranca un suspiro de alivio.

—No llevas la armadura.

Sigue vistiendo la chaqueta azul tinta que usó en el torneo, un terciopelo inútil contra las flechas metálicas que vuelan contra nosotros.

—Una elección de la que me estoy arrepintiendo. —Se coloca de nuevo en posición para remar—. Somos corderos en un prado lleno de lobos, y algunas de esas flechas están forjadas con merth.

Mucho más letales si nos alcanzan. Y él ha estado dispuesto a recibir una para protegerme.

—Doy gracias porque hayan fallado —susurro para mis adentros.

—No pienso darles las gracias a los Destinos por nada; mi pueblo está sufriendo —gruñe mientras las palas del remo chocan con furia contra el agua.

—Me temo que Boaz no volverá a fallar —murmura Elisaf, igualando su ritmo. No estoy acostumbrada a percibir ansiedad en la voz de mi guardia nocturno.

—Entonces debemos hacer lo que esté en nuestra mano para detenerlos. —Gesine se pone de pie.

—¿Estás loca, mujer? —le espeta Zander—. ¡Siéntate antes de que te maten y nos resultes inútil!

—Pronto estaremos todos muertos y seremos inútiles. —Los brazos de Gesine, cubiertos con la capa, se extienden a ambos lados—. ¿Preparada, Romeria?

Abro los ojos sorprendida. ¿Yo? ¿Para qué? Le lanzo una mirada interrogativa, pero no me mira: tiene la cabeza agachada como si estuviera rezando.

No tengo ni idea de lo que pretende hacer esta poderosa elemental, pero va a emplear sus habilidades: los tres signos que tiene marcados en el antebrazo —señal de su afinidad con el agua, el aire y la tierra— brillan bajo la pesada lana.

Una brisa se alza en medio de la calma total. Es una racha veraniega molesta que me enreda el cabello y me acaricia la mejilla.

—¡Preparados! —ruge Boaz desde la orilla mientras los soldados se preparan para lanzar otra descarga de flechas. Su voz me infunde un terror renovado.

—Todavía no... —susurra Gesine, con los ojos aún cerrados—. Romeria, tenéis... —Se corrige—: Tienes el anillo de Aoife en el dedo y la afinidad de la princesa Romeria corre por tus miembros. Úsalos.

—No sé cómo. —Vacilo, indecisa, porque tampoco sabía qué hacer cuando me atacó el nethertauro y, de alguna forma, conjuré una bestia hecha de agua que chocó con él.

Zander rema con fuerza mientras observa la costa.

—Tenemos que detener esas flechas. Usa el mar.

—¿Cómo? —suplico, con la mente en blanco. ¿Cómo se usa el agua para detener una hoja de acero que vuela contra ti?

—Por todos los Destinos —sisea Elisaf mientras salen disparadas al unísono más flechas que zumban por el cielo hacia nosotros. En cuestión de segundos, aterrizarán en el esquife, y Elisaf tiene razón: Boaz no fallará dos veces.

Mi pulso retumba en mi cabeza como el segundero de un reloj.

Zander suelta los remos y se lanza hacia delante para protegerme. Está dispuesto a soportar de nuevo la embestida de unas flechas mortíferas por mí. Sus brazos se tensan.

—Si nos hubiéramos conocido en tu mundo... —susurra, rozándome la oreja con los labios.

Entonces quizás habríamos tenido una oportunidad, concluyo mentalmente. No puedo resistir el impulso de acercarme a su pecho, de apretar la palma de la mano contra su calor y sentir el latido firme y fuerte de un corazón que probablemente esté a punto de detenerse para siempre.

¡No puede ser! Grita una voz dentro de mi cabeza. *Después de todo lo que hemos pasado, no podemos acabar así, como corderos aterrados en el matadero.*

La necesidad de proteger a Zander, de protegerlo como él me protege a mí, me recorre el cuerpo. Lucho contra su agarre.

—Suéltame.

Pero me estrecha con más fuerza.

La angustia, el pánico y la ira se disparan en mi interior mientras nos preparamos para el impacto.

Pero los segundos se alargan y las flechas no nos alcanzan. Salpican contra el agua y chisporrotean débilmente al extinguirse las llamas. Entonces se hace un silencio espeluznante.

Zander se aparta de mí y miramos hacia Cirilea.

Entrecierro los ojos en la oscuridad; apenas distingo los contornos borrosos de la ciudad.

—¿Eso es...?

El muro de agua se hunde como si cayera una cortina. Se dispersa en olas que impulsan nuestro barco, empujándonos océano adentro.

—Así es como se usa el mar. —La voz de Zander está llena de satisfacción.

—Las flechas rebotaron como si fueran palillos. —Elisaf parece igualmente asombrado.

Entonces caigo.

—Lo he hecho yo. —Necesitaba proteger a Zander, a todos, pero estaba centrada en él..., y esa necesidad se canalizó a través del anillo para crear un escudo. La banda de oro aún sigue caliente contra mi piel.

—Yo no he sido, desde luego.

Gesine continúa de pie. Abre los ojos, que brillan con un verde intenso que me recuerda al daaknar, no en color sino en intensidad: es como si pudieran agujerear cualquier superficie donde miraran. Está concentrada en algo más allá de nuestro esquife, con las palmas levantadas y las manos temblorosas. La marca plateada con forma de mariposa de su antebrazo brilla más que los otros dos signos.

—O elimino a los soldados que intentan matarnos o nos pongo fuera del alcance de sus flechas. Una opción u otra: mi dominio sobre este elemento no es infinito, majestad.

Está pidiendo una orden del rey.

Zander vacila, sopesando las opciones mientras mira la orilla, donde Boaz probablemente está a punto de lanzar una nueva descarga de flechas ardientes.

—Hay gente inocente en la colonia —le recuerdo. Gente que nos ha ayudado a escapar esta noche; gente que no merece sufrir más de lo que ya lo ha hecho. ¿Y qué significa exactamente eliminar a esos soldados, además de lo obvio?—. No es justo que se conviertan en daños colaterales.

—Y matar a los soldados no acabará con la oposición —dice, como si pensara en voz alta.

Suenan los gritos de mando de Boaz, y la tensión me atenaza la garganta.

—¿Y si no puedo volver a bloquear esas flechas? —Para empezar, no sé ni cómo lo he hecho.

—¡Elegid ahora! —exige Gesine con una voz desprovista de la deferencia serena habitual en ella.

—Sácanos de aquí. —Zander suspira con resignación, como si hubiera preferido la primera opción.

—Os sugiero que os agarréis.

Apenas cierro la mano sobre el borde del esquife cuando una ráfaga de viento nos barre desde atrás. Se hace más fuerte a cada instante, hasta que sacude mi elaborado peinado trenzado y el silbido implacable y agudo ahoga cualquier otro sonido.

Cortamos el agua. Me tapo los ojos con una mano e intento distinguir algo en la oscuridad, con una mezcla de terror entumecido y asombro que luchan en mi interior. El agua de mar me salpica por todas partes y me impide respirar, empapando mi ropa.

Y, en medio del vendaval, Gesine se alza en la proa como si fuera un mascarón, como si estuviera anclada al fondo del mar. Sus iris relucen como faros demoníacos en medio de una tormenta turbulenta.

Suena un fuerte crujido y algo pasa volando, rozándome la mejilla.

—¡No va a aguantar mucho más! —Oigo el grito de Elisaf por encima del ensordecedor rugido.

El esquife gime en respuesta. Está pensado para que una pareja de ancianos pesque, no para resistir un tifón.

—¡Basta! —grita Zander.

Tan repentina y ferozmente como se levantó la ventisca, se detiene. Se hace la calma: la noche es tranquila, no sopla ninguna brisa y el terrible aullido del viento solo es un recuerdo persistente en mis tímpanos.

Parpadeando para librarme del escozor del agua salada, busco Cirilea, pero no la veo. No veo nada. Nos envuelve la oscuridad.

—¿A qué distancia estamos de tierra?

—Demasiado lejos. —Zander arroja un pedazo de madera al mar. Para ser un hombre que se caracteriza por su actitud fría y tranquila y por ordenar castigos con eficacia glacial, ahora irradia furia—. ¡Casi nos hundes!

—No tengo tanta experiencia en manejar los vientos como las aventadoras que acompañan a los marineros; lo cierto es que pueden ser difíciles de controlar, pero necesitábamos alejarnos rápidamente para evitar más ataques —replica Gesine. A diferencia de Zander, mantiene la calma.

Eso solo parece enfurecerlo más.

—Y nos has traído aquí. ¿Dónde, exactamente? Porque no creo que estemos muy cerca del Recodo de la Viuda.

—Me temo que la zona de la que habláis estará hirviendo de soldados que intentan darnos caza.

—Pero ahí es donde tenemos que ir para encontrarnos con la Legión.

Entonces, en el silencio, suena una canción melodiosa. Es tan tenue que me pregunto si me la habré imaginado.

Pero es real, porque Zander y Elisaf se giran automáticamente en la dirección de la que procede.

Suena otra, casi amortiguada, como si procediera de debajo del agua. Es imposible entender lo que dice, pero es agradable. Casi como un arrullo. Siento una atracción visceral, un impulso de agarrar los remos y de ir en busca de la fuente de esa música tan tentadora.

—¿Qué es eso?

Zander maldice entre dientes.

—Nos ha traído hasta las sirenas.

Suenan alarmas en mi cabeza mientras busco en la noche cualquier indicio de los monstruos que, según Wendeline, plagan las aguas desde que se desgarró la Nulidad y desató una oleada de bestias infernales en este mundo. Las sirenas impiden que los inmortales naveguen por sus aguas: siguen su rastro, olfateándolos como sabuesos.

—No estamos en territorio de sirenas —responde Gesine.

Como si quisiera contradecirla, suena otro arrullo y noto la misma atracción que tira de mí. Si las fábulas sobre sirenas que he leído son ciertas, así es como esas criaturas atraen a sus víctimas.

—No viajarán tan al sur —añade Gesine.

—¿Estás segura?, ¿con un isloriano de sangre real y una inmortal que además es invocadora clave a bordo?

El silencio de Gesine la delata.

—Vayamos donde vayamos, sugiero que lo hagamos pronto.
—Elisaf arroja un cubo de agua por la borda y continúa baldeando.

Jadeo al mover los pies y darme cuenta de que el fondo de agua del casco está creciendo.

—Dios mío, nos estamos hundiendo.

—El casco del esquife ha aguantado, pero tiene daños. —Pasa un dedo por una grieta.

Gesine echa la cabeza hacia atrás y observa las estrellas que asoman entre las nubes.

—Hay un pequeño puerto llamado Northmost...

—No —la corta Zander—. Sé de qué puerto estás hablando: estará repleto de gente encantada de informar a Cirilea sobre nuestro paradero, sin omitir el detalle de que nos acompaña una mujer con un collar de oro alrededor del cuello. Aunque mi hermano ya lo sabrá, con el espectáculo que has montado.

Gesine se acaricia distraídamente el grillete que la ancla a la reina Neilina: una simple banda de un par de centímetros de grosor que rodea su delicado cuello y que la marca como una de las poderosas invocadoras elementales de Ybaris.

—Tenemos que volver al Recodo de la Viuda.

—Pero hemos llegado hasta aquí... Debemos llegar a las montañas, por el bien de Romeria. Además, la probabilidad de que vuestros soldados sobrevivan esta noche...

Gesine se interrumpe cuando oye el chasquido metálico de una daga que se desliza fuera de la vaina.

—Nos llevarás de vuelta a la primera bahía que hay pasado el Recodo de la Viuda para que pueda reunirme con mi legión.

—La amenaza de Zander es áspera y alberga un filo peligroso en la voz.

Zander y Gesine se observan fijamente, y es imposible confundir esa mirada con otra cosa que no sea lo que es: la evaluación de un oponente. El brillo de los ojos de Gesine se ha apagado, pero persiste un rescoldo. Todavía cuenta con sus afinidades de invocadora. ¿Está considerando emplear de nuevo el viento para arrojarlo al mar antes de que él emplee la daga contra ella?

La afinidad élfica de Zander con el fuego de Malachi es inútil aquí, rodeado de nada más que agua. No hay ninguna llama que pueda manipular, y Gesine lo sabe.

El aire cruje de tensión.

—¿Necesito recordarte, suma sacerdotisa, que el fuego no es mi arma más formidable? Tampoco lo es la hoja que tengo en la mano. —Sonríe.

Los ojos de Gesine se encienden de comprensión al ver los dos colmillos como agujas que brillan en la oscuridad.

El corazón me da un vuelco. Solo los he visto una vez, la noche que descubrí lo que era Zander. Fue una demostración, igual que ahora, o más bien una amenaza.

¿A Gesine le dará tiempo a defenderse antes de que él le clave los dientes en el cuello? Sería una estúpida si lo pusiera a prueba. ¿La invocadora mostrará su verdadera naturaleza, oculta tras la fachada de serenidad?

Inclina la cabeza.

—Como deseáis, majestad. Aunque puede que necesite vuestra guía, ya que vos estáis mucho más familiarizado con vuestras tierras.

—Has sido muy capaz de navegar por tu cuenta hasta ahora.
—Sus colmillos ya se han retraído en las encías—. Ahora, hazlo.
Antes de que nos hundamos.

Aterrada, contengo la respiración, pero los vientos huracanados no nos vuelven a lanzar hacia delante. Se alza bajo nosotros una pequeña ola que nos traslada sobre su cresta, a un ritmo constante y suave. Estamos lo bastante elevados como para evitar que se filtre más agua. A este ritmo, tardaremos horas en volver a la orilla, pero al menos lo conseguiremos.

Tiemblo debajo de mi capa empapada mientras nos deslizamos por la oscuridad, en un silencio sombrío que nos aleja de unos peligros conocidos.

Y seguramente nos acerca a otros nuevos que todavía soy incapaz de imaginar.